Yo estuve ahí

En el instante que se va y el que llega,
Hay un susurro que no todos escuchan
Aveces es una sombra, una voz, una despedida
Y otras, una promesa de que aún no es el final

Víctor M Barea Manzanilla

Dedicatoria

A mi madre Sila,

que se despidió en silencio mientras yo luchaba por seguir.

Gracias por tanto amor, por tu mirada que aún me acompaña,

y por ese último gesto invisible con el que me salvaste la vida.

A mi esposa y a mis hijas,

luz firme en medio de la oscuridad,

presencia que no se quebró ni en los momentos más duros. Este

libro es también de ustedes, porque sin su amor,

yo no estaría aquí para contarlo.

ÍNDICE

Capítulo 1.- Entre el cielo y el laboratorio

- Los que ven y los que callan
- La Iglesia y el umbral de lo divino
- La ciencia y el rigor de lo tangible
- El territorio compartido: el misterio
- Epílogo

Capítulo 2.- La bicicleta que no tomé Capítulo

3.- La fila de autos que no avanzaba

- La escena que desapareció

Capítulo 4.- A 120 metros de la muerte

- Oscuridad

Capítulo 5.- La muchacha de la carretera

Epílogo.- El misterio en la península

- La Herida que cura y la palabra que mata
- Las manos que sanan, los labios que conjuran
- Uay: Las formas del miedo
- Hechizos del monte: yerbateros y protectores
- Brujos, pactos y venganzas
- Mito, sugestión o verdad viva?

Capítulo 6.- Entre el rezo y el conjuro

- La gata que lloro como mujer
- El hombre que corría como perro

Capítulo 7.- El exorcismo en nuestros tiempos

- El caso real detrás de El Exorcista
- El exorcismo
- Fuentes y documentación

Capítulo 8.- La sombra de Julia

Capítulo 9.- Las visitaciones:

- Cuando el alma toca el umbral del sueño
- Introducción
- La despedida de Marina

Capítulo final 10.- Cuando el alma se despide

- Un testamento de amor desde el umbral
- Reflexión final

YO ESTUVE AHÍ

(RELATOS DE LO QUE NO SE EXPLICA PERO SUCEDE)

- **Víctor M Barea M.**

Sinopsis preliminar

Este libro no intenta convencerte, ni explicarte lo inexplicable. Solo abre la puerta a una serie de experiencias reales que transformaron la vida del autor —y de otros que confiaron en su palabra—. Desde encuentros que parecen imposibles hasta señales en medio del dolor, cada capítulo es un espejo donde el lector decidirá si se trata de casualidades, delirios… o revelaciones. Aquí no hay teorías. Solo vivencias. Creas o no, lo que vas a leer ocurrió. ¿Te atreves a mirar lo invisible?

Prólogo

Yo estuve ahí

A veces me preguntan si todo esto fue real. Si realmente viví lo que cuento. Y yo, con una calma que antes no tenía, solo puedo responder: sí, yo estuve ahí.

Estuve en las esquinas de la muerte, en las miradas que se despiden sin hablar, en los caminos oscuros donde el miedo y la fe se tocan. Fui testigo de cosas que no tienen explicación lógica. Vi lo invisible. Sentí lo imposible. Escuché voces cuando nadie hablaba y recibí señales cuando menos lo esperaba.

Este libro no busca convencer a nadie. No pretendo imponer verdades ni desmentir escepticismos. Solo quiero narrar —con humildad y con alma— aquello que viví, que sentí, que me marcó. Algunas historias me pertenecen por completo. Otras llegaron a mí como confidencias sagradas, como ecos de otras almas que también estuvieron ahí.

Los relatos que componen estas páginas nacieron de lo cotidiano, pero se elevaron a lo inexplicable. Y quizás ahí radica su valor: en que no son producto de la fantasía ni del deseo, sino de la experiencia más honesta que un ser humano puede tener frente a lo desconocido.

A quienes han sentido lo que yo, este libro les confirmará que no están solos.

A quienes aún dudan, quizás les despierte una nueva forma de mirar el mundo.

Y a quienes han perdido a alguien, tal vez les devuelva una paz que no sabían que buscaban.

Escribo esto como una ofrenda, como un testimonio…

como una forma de decir que no todo termina donde creemos.

Porque yo estuve ahí.

Y ahora tú estás aquí, leyendo esto.

Tal vez no sea casualidad.

Capítulo 1

Entre el Cielo y el laboratorio

"A veces, lo que ocurre entre lo divino y lo desconocido no busca explicación, sino testigos."

I. Los que ven y los que callan

En lo alto de una colina, donde la niebla baja sin pedir permiso y las campanas suenan aún sin viento, un monasterio guarda secretos que no figuran en ningún archivo vaticano. Allí, un monje anciano escribe a mano, con una letra temblorosa, el testimonio de una mujer que dice haber visto a la Virgen en la ladera. No la interrumpe, no duda de ella. Sólo escucha. Luego le ofrece un vaso de agua y una oración.

A kilómetros de allí, en un laboratorio universitario donde reina el zumbido tenue de las máquinas, un grupo de investigadores analiza variaciones del campo magnético registradas en la misma región. Uno de ellos, con más curiosidad que escepticismo, murmura:
—Aquí pasa algo… pero aún no sé qué es.

El monasterio y el laboratorio no se conocen. No comparten lenguaje. Pero están conectados por una inquietud común: lo inexplicable.

II. La Iglesia y el umbral de lo divino

Para la Iglesia Católica, no todo lo extraño es sagrado, pero todo lo sagrado tiene un halo de extrañeza. Las apariciones y manifestaciones sobrenaturales no se celebran de inmediato. Se observan. Se interrogan. Se oran.

Cuando una mujer afirma haber visto a la Virgen en una gruta, no se le coloca una aureola ni se convoca a los fieles. Se le escucha, sí, pero luego llegan los teólogos, los psiquiatras, los delegados de la diócesis. Se analiza su vida, su salud mental, su coherencia.

El Vaticano, por ejemplo, tiene un procedimiento riguroso para evaluar las apariciones. De las miles de supuestas manifestaciones, sólo unas pocas —como Fátima o Lourdes— han sido reconocidas oficialmente. Y aún así, la Iglesia nunca obliga a creer. Lo deja a la conciencia de cada fiel.

“La fe, para ser verdadera, no necesita pruebas. Pero tampoco teme a la verdad.”

En muchos conventos, se guarda silencio sobre lo paranormal. No por negación, sino por respeto.

Porque, dicen los sabios del alma, los misterios no se apresuran: se revelan cuando deben, y sólo a quien puede recibirlos.

III. La ciencia y el rigor de lo tangible

En el otro extremo del espectro, la ciencia no busca milagros, sino patrones. Lo inexplicable es sólo lo que aún no ha sido explicado.

Los investigadores que estudian lo paranormal —y los hay— lo hacen entre la curiosidad y el descrédito. A menudo trabajan en los márgenes del reconocimiento académico, porque el misterio aún incomoda.

Han medido campos eléctricos en lugares donde la gente oye voces. Han grabado psicofonías en habitaciones selladas. Han registrado cambios cerebrales durante estados místicos. A veces encuentran anomalías. Otras, nada.

“La ciencia no teme a los milagros; sólo exige que, si ocurren, dejen rastro.”

Pero incluso entre los más rigurosos, hay momentos de pausa. Un susurro fuera de contexto. Un dato que no encaja. Un testigo que no miente, aunque diga lo imposible. Y entonces, aunque no lo digan en voz alta, los científicos también sienten

algo parecido a lo sagrado: asombro.

IV. El territorio compartido: el misterio

Tal vez lo inexplicable no busca ser resuelto, sino revelado poco a poco, como una pintura que sólo se ve cuando uno se aleja.

En una ocasión, un sacerdote y un físico fueron invitados a un pueblo donde, según dicen, aparece una figura luminosa cada 13 del mes. El sacerdote llevó su rosario. El físico, un detector de radiación. Pasaron la noche allí. Ambos vieron una luz. Ninguno supo explicar.

Al regresar, el físico dijo:
—No puedo confirmar nada. Pero tampoco puedo negar lo que vi.

El sacerdote, por su parte, escribió en su diario:
—Dios se manifiesta como quiere. A veces, en la luz. A veces, en el silencio de quien la ve.

Y así, sin necesidad de acordar, ambos entendieron que el misterio no es el enemigo de la verdad, sino su frontera más fértil.

V. Epílogo

Quizás haya dos maneras de mirar lo mismo. Desde abajo, como quien mide la luz que cae. Y desde arriba, como quien bendice lo que toca. Pero en el medio —en ese espacio donde el testigo se estremece— está el terreno de este libro: *lo que no se explica, pero sucede*.

“Hay verdades que no caben en ningún dogma ni ecuación. Habitan en el temblor de quien estuvo allí… y lo sabe.”

Capítulo 2

La bicicleta que no tomé

La vida tiene la cruel costumbre de cambiar en un segundo. A veces basta una llamada, una mirada o una ausencia para que el universo se rompa. El niño que éramos no siempre sobrevive al dolor… pero el alma, si resiste, aprende a mirar distinto el tiempo, la muerte y el amor.

Hay días en los que el destino se viste de madre.

Yo tenía quince años y vivía en un pueblo tan pequeño que las bicicletas eran nuestras alas. Las usábamos para todo: ir al mandado, visitar a los amigos, explorar caminos polvorientos que parecían prometer aventura. No había cine, ni centro comercial, ni internet. Había charlas en la plaza, partidos en la cancha de tierra y tardes enteras de aburrimiento disfrazado de libertad.

Era un día caluroso de mayo. Recuerdo el sol rebotando en los tejados, las gallinas cruzando las calles como dueñas del mundo y el aire inmóvil, casi pegajoso. En medio de esa rutina pueblerina, surgió el plan: mis primos Damián y Ángel me invitaron a ir al cine en el pueblo vecino, apenas seis kilómetros de distancia. Nada que una bicicleta bien aceitada no pudiera vencer.

Acepté de inmediato. La idea de ver una película, salir del tedio, compartir una noche entre risas y aventuras, me emocionaba. En ese entonces, cualquier cosa que rompiera la monotonía era un tesoro.

Fui a casa a alistarme. Me cambié la camiseta sudada por una más decente, me lavé la cara, peiné mi cabello rebelde y revisé los frenos de mi bicicleta. Estaba listo para salir. Pero antes de

cruzar la puerta, como siempre, avisé.

—Mamá, voy al cine con Damián y Ángel. Ya me voy.

Ella estaba en la cocina, terminando de fregar unos platos. Se detuvo. Me miró con una mezcla de sorpresa y preocupación. No era normal que me negara permiso. Siempre había confiado en mí. Pero esa vez algo fue distinto.

—No —me dijo, sin rodeos.

—¿Cómo que no? Ya quedé con ellos, van a pasar por mí…

—No vas. No me gusta esa idea.

—¡Pero si vamos en bicicleta! ¡Ya lo hemos hecho antes! ¡No pasa nada!

Ella bajó la mirada, secó sus manos en el delantal y suspiró largo, como si algo invisible le pesara en los hombros.

—No, hijo. No vas. Algo me dice que no debes ir. Hazme caso esta vez.

Quise insistir. Pero en su voz había una firmeza que no admitía réplica. La rabia me llenó el pecho. Me

sentí humillado, controlado, incomprendido. Salí de la casa pateando piedras, mascullando palabras que no me atreví a decir en voz alta. Caminé hasta la plaza, donde me esperaban mis primos. Les di la noticia, avergonzado, sintiéndome menos por no poder ser parte del plan.

—¡Qué mala suerte, primo! —dijo Damián riendo—. Ni modo, nos cuentas después si te arrepientes.

Los vi alejarse, pedaleando alegres, como si la noche les abriera el camino. Yo me quedé allí, en la banca, viendo cómo la oscuridad tragaba sus siluetas. El cine, la emoción, la libertad… todo se me fue en ese instante.

Esa noche dormí mal. Me dormí tarde, enojado todavía. Pero al día siguiente, el mundo cambió.

La noticia llegó temprano, como un mazazo seco al corazón. Un auto los había atropellado en la carretera. Damián murió en el acto. Ángel estaba grave, con heridas que lo dejarían marcado para siempre.

No entendía. Me costaba incluso creerlo. Sentí un vacío, una especie de vértigo en el estómago. Caminé sin rumbo por la casa, tratando de buscar algo que me hiciera despertar de esa pesadilla.

Mi madre me encontró en el patio. Se me acercó

despacio, con lágrimas en los ojos. Me abrazó tan fuerte que me dolió.

—Hijo mío… la Virgen te salvó. Ella te cuida. Si te hubiera dejado ir, no sé si podría seguir respirando… —me dijo con la voz hecha pedazos.

Me quedé quieto, como petrificado. Supe entonces que lo que me había parecido una injusticia era en realidad un acto de amor profundo. Un instinto, una intuición… o algo más.

Mi madre era devota de la Virgen de Fátima. Cada año organizaba con otras señoras del pueblo la novena. Hacían rezos, ofrecían flores, levantaban un altar improvisado y hasta contrataban mariachis para cantarle las mañanitas. Yo solía burlarme en silencio. Me parecía una costumbre vieja, exagerada, casi ridícula.

Pero ese día… ese día todo cobró otro sentido.

Me pregunté si fue Dios, el destino, la Virgen, la energía… o simplemente la suerte. No supe qué pensar. Pero algo dentro de mí se movió. Algo me

había salvado, y no había forma lógica de explicarlo.

A veces, las decisiones que más duelen son las que te salvan la vida.

Y desde ese momento, comprendí que lo invisible no siempre se muestra con luces o fantasmas. A

veces es una palabra dicha a tiempo. Un “no” que parece cruel. Un presentimiento que no sabes de dónde viene.

Esa fue la primera vez que sentí que la muerte me rondó… y pasó de largo.

Ese día entendí que la muerte no siempre se anuncia con un grito, a veces llega con un silencio que lo cambia todo. La infancia terminó ahí, entre lágrimas y preguntas sin respuesta. Y aunque el tiempo siguió su curso, algo dentro de mí quedó suspendido en ese instante… como si una parte nunca hubiera salido de aquel funeral.

Capítulo 3

La fila de autos que no avanzaba

Hay momentos que nos confrontan con lo inexplicable. Situaciones tan vívidas, tan claras, que desobedecen toda lógica cuando intentamos contarlas. ¿Fue un sueño colectivo, una ilusión compartida, una grieta entre realidades? A veces, lo que nuestros ojos ven y nuestro cuerpo siente no encuentra eco en el mundo tangible. Y sin embargo, sabemos —en lo más profundo— que fue real. Este capítulo es una de esas grietas… por donde se asomó algo que aún hoy no comprendo del todo.

Habían pasado ya dos años desde aquella noche en que la muerte se llevó a mi primo Damián en la carretera, y aunque la vida en el pueblo había retomado su ritmo, algo en mí había cambiado. Yo también seguía siendo el mismo joven inquieto de siempre, con las mismas ganas de reír, de explorar, de sentir que el mundo era más grande que nuestras calles de tierra y los murmullos en la plaza… pero había una sombra que me seguía.

En las noches, sobre todo las de luna nueva, cuando los postes apenas alumbraban y las ramas de los árboles proyectaban figuras extrañas en las paredes, solíamos reunirnos los amigos en la plaza. Contábamos historias de espantos, de brujas, de aparecidos. Cosas que habíamos escuchado de los mayores, o que uno de nosotros juraba haber vivido. Nos gustaba asustarnos, sentir cómo el corazón latía más fuerte, correr de vuelta a casa en la oscuridad como si algo invisible nos persiguiera. Las sombras se convierten en criaturas horrendas, y el chillido de una lechuza bastaba para que uno de nosotros gritara con los pelos de punta.

Otros días jugábamos fútbol en la cancha del barrio. Cuando el partido terminaba, la cita era en la tienda de don Ernesto. Con los brazos llenos de tierra y las rodillas raspadas, nos formábamos para comprar un refresco, un sándwich o unas galletas.

A veces, si había suerte, los vaqueros llegaban al campo frente a la iglesia y nos dejaban montar sus caballos por un rato. Nos sentíamos poderosos, como si el mundo entero estuviera a nuestros pies.

Era un sábado así, común y corriente, cuando Rubén, un amigo del equipo, me lanzó una propuesta:

—Hoy pasan En busca del arca perdida en el cine del pueblo vecino —me dijo con los ojos brillando—. ¡Con Harrison Ford! Dicen que está buenísima. Es de estreno.

La sola idea me sacudió por dentro. Era 1981, y en pueblos como el nuestro, un estreno real era casi un milagro. Pero con esa emoción vino el recuerdo: la bicicleta, la carretera, la muerte de mi primo.

Me debatí por dentro. Una parte de mí quería ir, vivir la aventura, sentir que nada podía pasarme. La otra, la que había sentido el abrazo tembloroso de

mi madre dos años atrás, me decía que no lo hiciera.

—¿Y si no les dices la verdad? —insistió Rubén—. Podemos decir que fuimos a la fiesta de Johana. Esa excusa cuadra con la hora. Nadie lo notará.

Y le hice caso. Me convencí de que era una buena idea. Que no podía vivir con miedo. Quizás estaba exagerando.

Eran las siete de la noche cuando salimos. El aire estaba fresco, la noche clara, el cielo lleno de estrellas como sólo se ve en los pueblos donde no hay contaminación ni luces que las opaquen. La rodada era suave, agradable. Pedaleamos en silencio, escuchando el crujido de las llantas sobre la grava, hablando de la película, de aventuras, de cosas de muchachos.

Faltaban poco menos de dos kilómetros para llegar cuando notamos algo raro: una larga fila de autos detenidos. Nos llamó la atención, porque la carretera solía estar vacía a esas horas. Nos bajamos de las bicicletas, extrañados. Caminamos entre los autos, esperando escuchar motores, música, voces. Pero no. Todo estaba en silencio.

Era un tramo conocido como Hacienda Santa Margarita, un lugar con historia, con leyendas… y con una energía difícil de explicar.

Nadie hablaba. Los conductores parecían ausentes. Algunos tenían la mirada fija al frente, otros miraban al suelo. Los motores estaban apagados, pero las luces de los autos iluminaban la oscuridad como faros de un barco varado.

Al llegar al primer auto, vimos la escena.

Un auto amarillo, un viejo “volcho”, se había estrellado. Su frente estaba completamente destruido, y la puerta del conductor colgaba abierta. Un cuerpo pendía por la mitad hacia afuera, inmóvil, inerte. En el asfalto, a pocos metros, había dos cuerpos más, ya cubiertos con mantas, sin vida. Todo el ambiente era irreal. Como si el tiempo se hubiera detenido.

No hablamos con nadie. No supimos qué decir. No había ambulancias, ni patrullas, ni ruido. Solo los faros encendidos, la carretera, los cuerpos… y ese extraño silencio que lo envolvía todo.

Seguimos caminando, pasamos el último auto, montamos nuestras bicicletas y pedaleamos sin mirar atrás. La noche, que antes se sentía fresca y amable, ahora tenía un sabor metálico, espeso.

Al llegar al pueblo, fuimos directo al hospital. Dimos aviso. También pasamos por la comandancia a informar del accidente. Nadie sabía nada. Nadiehabía recibido reporte alguno. Aquello nos pareció tan inexplicable como perturbador.

Y luego, como si nada, fuimos al cine. Estacionamos las bicicletas. Nos sentamos en la butaca. Vimos la película. Nos reímos, nos

sorprendimos, disfrutamos la función.

Pero el corazón no se me soltó en toda la noche.

Segunda parte.

La escena que desapareció

Salimos del cine aún con los ojos brillantes por la emoción. En busca del arca perdida nos había atrapado por completo. Las aventuras de Indiana Jones, los escenarios exóticos, los peligros y descubrimientos… era como vivir otra realidad por un par de horas. Pero al salir, el aire frío de la madrugada nos recordó que no estábamos en Egipto ni en la selva, sino en un pueblo dormido, y que aún teníamos por delante el viaje de regreso por la misma carretera donde, hacía apenas unas horas, habíamos presenciado una escena imposible de olvidar.

Eran las 12:35. La madrugada del domingo ya comenzaba a sentirse con su silencio más denso. Tomamos nuestras bicicletas, pero no habíamos recorrido ni tres calles cuando la mía comenzó a fallar. La sentí más pesada, torpe, como si algo invisible la sujetara. Me detuve. La llanta trasera estaba amarrada, casi bloqueada. Intenté liberarla sin éxito.

—¿Y ahora qué hacemos? —le dije a Rubén, preocupado.

Pensamos en dejar la bicicleta en alguna casa

cercana y regresar más tarde por ella. Podíamos volver los dos en su bicicleta, turnándonos. Pero ni a él ni a mí nos convencía la idea. Algo nos inquietaba. Pasaban los minutos y no tomábamos una decisión.

Y entonces, como si el destino nos tendiera la mano, apareció la salvación.

El esposo de mi prima venía de regreso de la ciudad en su camión de carga. Lo reconocimos de inmediato y le hicimos señas con las manos. Se detuvo. Subimos las bicicletas a la parte trasera y nos acomodamos en la cabina. El tío venía de buen humor, un poco pasado de copas, pero en control.

—¿Y ustedes qué hacen a estas horas por acá? —preguntó con esa voz gruesa que ya conocía de memoria.

Le contamos del viaje, de la película… y del accidente.

—Tenga cuidado cuando pasemos por Hacienda Santa Margarita. Chocaron dos autos. Había muertos —le advertimos.

Frunció el ceño y bajó la velocidad. Parecía tomarse en serio el aviso.

Pero cuando llegamos al sitio… no había nada.

Ni rastro del choque. Ni luces, ni patrullas, ni cuerpos, ni autos detenidos. Nada.

Solo la carretera oscura, silenciosa, como si nunca hubiera pasado nada allí.

Rubén y yo nos miramos sin decir palabra. Sentí un escalofrío recorrerme la espalda. ¿Acaso lo habíamos soñado? ¿Había sido una alucinación compartida? No. Era imposible. Lo habíamos visto. Lo habíamos sentido.

El tío no preguntó nada más. Nos dejó en el pueblo y cada uno tomó rumbo a su casa. Entré con sigilo, cuidando no hacer ruido. Todo estaba en calma, como si el mundo nunca se hubiera detenido.

La mañana siguiente fue… normal.

Demasiado normal.

Encendimos la radio. Las noticias eran las mismas de siempre: política, deportes, reportes agrícolas. Nada sobre un accidente. Ni en la prensa local. Ni una sola palabra.

“Yo estuve ahí”, me repetía una y otra vez. “Yo vi los cuerpos. Los autos. El silencio.”

Fui a casa de Rubén. Su madre me recibió con el

ceño fruncido.

—¿Qué pasó anoche? Rubén está mal. Tiene fiebre, escalofríos. No ha querido hablar.

No dije nada. No podía. La impresión había sido demasiado fuerte. Y por alguna razón que aún hoy no comprendo del todo, sentimos que aquello debía quedar entre nosotros. Como un secreto compartido. Como un pacto tácito de silencio.

Pero no podía cargarlo solo. Y decidí contárselo a mi madre.

La escuchó con atención. No me interrumpió. Cuando terminé, me miró con ojos llenos de preocupación… y de fe.

—¿Ves? Es la segunda vez. De nuevo tuviste suerte. La Virgen te cuida. Pero no retes a tu suerte… porque no habrá tercera vez.

Me apretó la mano con fuerza. Y yo sentí, por primera vez en mucho tiempo, un miedo real, profundo. No el miedo a fantasmas o criaturas de la noche. Sino el miedo de que algo, alguien, o alguna fuerza invisible me estaba enviando señales… y que si no las escuchaba, podría no haber regreso.

Capítulo 4

A 120 metros de la muerte

A veces, el destino se manifiesta en segundos que parecen eternos. No hay advertencia previa, no hay lógica, solo un momento en el que la vida se tambalea entre la existencia y el abismo. Este capítulo no es una historia de dolor, sino de asombro. Asombro por seguir aquí, cuando por todas las leyes del azar, ya no debería estarlo.

Ocho años habían transcurrido desde aquel tiempo en que la muerte pareció rondarme como sombra persistente. Ya no pensaba en ello con frecuencia. Los recuerdos se habían desdibujado y, aunque

aún dormían en la memoria, era como si les hubieran puesto cerrojo. Terminada la universidad, me encontraba trabajando en el sector financiero, y mi vida se encaminaba por los senderos que la sociedad marca como “correctos”: un buen empleo, estabilidad, metas cumplidas. Pero la música, esa vieja compañera de viaje que me había acompañado desde el cuarto año de primaria, seguía latiendo fuerte en mí.

Siempre estuve donde hubiera una guitarra, una batería o una voz que se atreviera. Participé en eventos escolares, festivales locales y, con el tiempo, fui formando parte de grupos musicales que me ofrecían no sólo la alegría del arte, sino también un ingreso extra que nunca venía mal. Fue durante uno de esos ensayos con mi grupo cuando alguien me escuchó cantar y se acercó. Me habló de un proyecto ambicioso, un grupo musical de élite en la ciudad, requerido en los eventos más exclusivos. Me ofreció hacer una audición.

Y la hice. Y me quedé.

Era una etapa dorada. Viajamos, tocábamos en

lugares elegantes, conocíamos gente interesante, y la vida parecía generosa en experiencias. Tenía 29 años, era soltero y disfrutaba todo con esa mezcla de intensidad y despreocupación que sólo se da cuando uno no tiene demasiadas ataduras. Las

chicas, los festivales de jazz, las madrugadas interminables… todo era parte del paquete. Me sentía pleno.

Una noche como tantas, después de una presentación en la discoteca más popular del momento, nos despedimos entre bromas, brindis y risas. Yo me dirigí a mi automóvil, un modelo deportivo que, aunque ya no era nuevo, seguía haciéndome sentir como un piloto de carreras en las noches silenciosas de carretera. Me encantaba la sensación de velocidad, el rugido del motor, la libertad que estallaba entre curvas cerradas y rectas interminables. Aquella noche el camino estaba despejado, el cielo era una cúpula oscura sin luna y la brisa nocturna acariciaba el rostro con esa promesa de aventura.

Entonces vino la curva. Mi favorita.

Siempre que la tomaba, aceleraba a fondo y aplicaba el freno de mano justo en el punto exacto para sentir cómo la fuerza centrípeta inclinaba el

auto en un ángulo perfecto. Era un juego, una adrenalina ritual. Pero esa noche, algo —una sombra, una figura, una presencia— se cruzó inesperadamente en el camino. No sé qué fue. No sé si fue real. Pero me obligó a reaccionar con un giro brusco del volante.

El chirrido del metal al chocar contra la barrera de

contención me paralizó el alma. El auto se descontroló por completo. La dirección se rompió y, sin poder maniobrar, salí proyectado fuera de la carretera. El vehículo empezó a dar volteretas. El mundo giraba en cámara lenta, como si el tiempo se hubiera desarmado en pequeños cuadros de una película desgarrada. Cada vuelta era un golpe seco, una sinfonía de metal crujiendo, de cristales estallando en miles de fragmentos, de mi cuerpo golpeado por la violencia del impacto.
Solo atiné a decir:

—¡Dios mío, ayúdame! —alcancé a gritar, sin saber si esa súplica iba al cielo o al vacío.

Fue mi único pensamiento coherente. Lo demás eran sensaciones desordenadas: calor, miedo, el olor a caucho quemado. Finalmente, el auto se detuvo.

Todo quedó en silencio.

Oscuridad.

Al abrir los ojos, no entendía nada. ¿Estaba vivo? ¿Muerto? Lo primero fue identificar mi posición: el auto estaba ruedas arriba. Yo me encontraba sentado sobre el techo, con las piernas encogidas, aturdido. Sentía un líquido caliente que caía por mi

frente. Pensé lo peor: me rompí la cabeza.

Toqué el líquido con los dedos. Lo acerqué a la nariz, esperando oler sangre. Pero no era sangre. Era gasolina. El tanque se había roto durante los giros, y una pequeña luz roja en el tablero permanecía encendida como una amenaza. El contacto seguía abierto.

¡Podía explotar!

Me estiré como pude y apagué el switch. La luz se extinguió. La gasolina dejó de gotear. Un alivio inmenso me recorrió el cuerpo. Había esquivado una muerte atroz.

Sin perder tiempo, busqué una vía de escape. Noté que una de las ventanillas aún respondía. Con movimientos lentos y temblorosos, la bajé y me

arrastré hacia afuera. Al salir, mis piernas no me sostenían. El temblor era incontrolable.

Mis ojos comenzaron a adaptarse a la oscuridad. Volteé a ver el auto: era un amasijo irreconocible de metal y vidrios. Caminé unos pasos y, por instinto, comencé a cubrirlo con ramas. Temía que la policía lo viera y pensara que había cometido alguna imprudencia mayor… o que lo robaran.

Caminando por el monte rumbo a la carretera, me percaté de que había perdido un zapato… y algo más: el anillo de graduación que con tanto orgullo llevaba en el dedo. Me detuve un instante y sentí una punzada de tristeza. Era solo un objeto… pero representaba años de esfuerzo, de lucha.

Cuando llegué al borde del camino, me giré para mirar desde dónde venía. El auto estaba a más de 120 metros de la carretera. A esa distancia, y con la violencia del accidente, era casi un milagro que estuviera vivo.

Esa noche no solo me enfrenté a la muerte.

Me reencontré con la vida… y con mi vulnerabilidad.

Y luego hice otra estupidez.

Cubrí el auto con ramas, como si con eso pudiera desaparecer el accidente. Estaba descalzo de

un pie, solo tenía un zapato y un calcetín en el otro. Salí caminando a la carretera. Era tarde, no había casi tránsito. Estaba justo a medio camino entre la ciudad y el pueblo. Mi única obsesión era evitar a la policía de caminos. Qué locura.

Vi luces a lo lejos. Un auto se acercaba. Agité los brazos, me vio. Se detuvo. Le conté mi desventura.

El conductor, un hombre amable, me llevó a la ciudad y me dejó cerca del antro donde tocábamos. Por suerte, el manager y parte del staff aún estaban ahí. Se sorprendieron al verme en ese estado. Les conté todo y les pedí ayuda para regresar al sitio del accidente y recuperar mis cosas. Al llegar, se quedaron sin palabras ante el estado del vehículo. Sacamos mis pertenencias y volvimos a Mérida. Dormí en casa del manager.

A la mañana siguiente, contacté a la aseguradora. Esta vez, al regresar al sitio, ya estaba la policía y una grúa. El ajustador habló con el oficial, quien pronto se me acercó.

—¿Dónde está el conductor? —preguntó, serio, desconfiado.

—Soy yo —le respondí.

—Imposible. Alguien en ese coche debió morir.

¿Dónde está el cuerpo?

Volví a repetirle que yo era el único ocupante. Me miró con un gesto entre incredulidad y respeto.

—No sé qué pacto tienes —me dijo—, pero tú volviste a nacer.

En ese momento, un taxi se detuvo junto al lugar. Descendió de él mi madre.

Sentí que el suelo se abría bajo mis pies. ¿Cómo pude olvidar avisarles que estaba bien?

Los taxistas del pueblo, al ver el auto en la maleza, fueron a dar la noticia: le dijeron que no había sangre, que probablemente yo estaba herido pero vivo. Aun así, mi madre llegó desencajada. Al verme, corrió hacia mí, llorando. Me soltó dos o tres cachetadas desesperadas y luego me abrazó con todo su amor. Daba gracias a Dios por tenerme con vida.

Al regresar a casa, fue peor. Mi padre no dijo palabra. Solo me miró. Pero en sus ojos llorosos leí todo. Me acerqué, lo abracé y le pedí perdón. Lloramos los tres, en un abrazo que contenía el peso del miedo y del milagro.

Recordé entonces las palabras del oficial:

—No sé qué pacto tienes… pero debiste haber muerto.

Y esa frase me rondó muchos años.

¿Fue el destino? ¿Fue Dios? ¿Fue un simple accidente bien librado?

No lo sé.

Solo sé que fue la tercera vez que escapé de la muerte.

Y dicen que la tercera es la vencida.

Cuando vi a mi madre bajar del taxi con los ojos hinchados y las manos temblorosas, comprendí lo que realmente había puesto en juego: no era solo mi vida, sino el corazón de quienes me amaban. Ese día volví a nacer. Y aunque aún no comprendo por qué, acepté el regalo. Tal vez fue Dios, el destino, o simplemente la misericordia de lo invisible. Pero desde entonces, cada kilómetro recorrido, cada amanecer, lleva el peso sutil de ese pacto no escrito… ese que me salvó a 120 metros de la muerte.

Capítulo 5

La muchacha de la carretera

Dicen que a ciertas horas de la madrugada, cuando el silencio pesa más que la oscuridad, los muertos pueden volver… no para asustarnos, sino tal vez para contar lo que nadie quiso escuchar. A veces la vida nos pone frente a lo inexplicable, y lo único que podemos hacer es prestar atención y no olvidar. Porque hay encuentros que no deberían ocurrir… y aun así ocurren.

Era viernes y el bullicio del antro comenzaba a disiparse. Terminaba otra jornada de música y luces, de notas que se quedaban flotando entre las paredes oscuras. Me despedí de los compañeros con un abrazo apurado y una sonrisa medio vencida por el cansancio. Luego de comer algo ligero y beber una cerveza fría, salí al estacionamiento. La noche era clara y estrellada, una de esas que invitan a la introspección.

Encendí el motor y puse música suave. Una melodía instrumental me acompañaba mientras salía de la ciudad. El camino al pueblo era largo y solitario a esas horas. Eran las 2:30 de la madrugada. Encendí un cigarrillo, bajé un poco la ventanilla, y dejé que el viento fresco me acariciara la cara.

Fue entonces cuando la vi.

Una figura humana, caminando sola por el carril contrario, en plena carretera. Disminuí la velocidad, extrañado. Era una mujer. Su silueta se dibujaba bajo la tenue luz de los faros. Llevaba la ropa rota, sucia. El cabello le cubría el rostro, y sus pasos eran erráticos, como si caminara por inercia. No podía creerlo: ¿qué hacía una joven así, sola, a esa hora, en medio de la nada?

Pasé de largo, confundido. Pero algo en mi interior

me obligó a detenerme unos metros adelante. Hice un giro en “U” y regresé con precaución, bajando la velocidad hasta emparejarme con ella.

—Hola… ¿Estás bien? —pregunté con voz firme pero amable—. No es buena idea que estés aquí sola.

Ella se detuvo. Apretaba algo entre sus manos. Eran piedras. Supuse que era su única defensa. Lentamente bajé la ventanilla.
—¿Puedo ayudarte? ¿Quieres que te lleve a algún lugar?

Dudó unos segundos, luego asintió con la cabeza y subió al auto. Había dejado caer las piedras.

El silencio nos envolvió mientras avanzábamos. Ella miraba al frente, sin decir palabra. Su rostro seguía cubierto por el cabello desordenado. Noté que sus manos temblaban.

—¿A dónde te llevo? —le pregunté.

—A la colonia San Rafael —respondió con voz suave, apenas audible.

Puse dirección al lugar. En el camino, no pude evitar preguntar:

—¿Qué te pasó?

Ella tragó saliva. Su voz se quebró al comenzar a hablar.

—Mi prima y yo fuimos invitadas a una fiesta. Al principio todo parecía normal. Había música, bebidas, algunos conocidos... Pero luego, empezaron a circular drogas. Yo no quise probar nada, pero mi prima sí. Se descontroló. Entonces uno de los chicos se le acercó… primero parecía amable, pero luego… empezó a manosearla. Ella se resistió, y él le dio un puñetazo. Le jaló el cabello, le apretó el cuello… Yo grité. Intenté ayudarla, pero me tiraron al suelo. Me rompieron la ropa… logré escapar corriendo. Creo que a mi prima la mataron.

Sollozaba. Su voz se quebraba con cada palabra. “Mi prima… mi prima…”, repetía entre suspiros ahogados.

—¿Cómo te llamas? —le pregunté con cuidado.

—Teresa.

—Teresa, esto tienes que denunciarlo. ¿Quieres que vayamos con la policía?

—No… no ahora. No tengo cabeza para eso. Tengo miedo.

Callé. Aunque no estaba de acuerdo, entendía su

miedo. Pero decidí que en cuanto la dejara, yo mismo daría aviso a las autoridades. Conocía la casona que había descrito.

Al llegar a la dirección que me indicó, me preparé para bajarme y abrirle la puerta, pero me detuvo:

—Por favor, déjame en la esquina. No quiero que nadie me vea.

Así lo hice. La vi descender con pasos inseguros. Caminó hacia una casa antigua de fachada blanca, se detuvo frente a la puerta, y entró. Me quedé un instante observando.

No encontré patrullas cerca, así que hice una llamada anónima desde una cabina telefónica, dando detalles del lugar y el tipo de evento.

Volví a casa. Dormí poco. Al pasar los días, el recuerdo fue diluyéndose, como si hubiera sido un mal sueño.

Semanas después, tuvimos una tocada cerca de la zona donde dejé a Teresa. Decidí pasar a saludarla. Llamé varias veces a la puerta hasta que una señora mayor apareció. Tenía el rostro amable pero desconfiado.

—Buenas noches, señora. Busco a Teresa. Quería

saludarla. La conocí hace unas semanas…La mujer

frunció el ceño.

—¿Era usted amigo de Teresa?

—Bueno, no amigo cercano. La ayudé una noche, en la carretera… la traje hasta aquí.

Su expresión cambió por completo. Se puso pálida. Sus ojos se humedecieron al instante.

—Joven… creo que está usted confundido.

—¿Por qué dice eso?

La mujer se llevó una mano al pecho y habló con voz temblorosa:

—Porque Teresa… Teresa murió hace dos años. Junto con su prima. Fue una tragedia terrible. La policía nunca resolvió nada.

Un escalofrío me recorrió la espalda. Cada imagen volvió a mi mente con claridad brutal. El cabello cubriéndole el rostro, el rechazo a mostrar su casa, la negativa a denunciar… todo encajaba. Nunca vi su rostro.m
Me despedí en silencio. Caminé por las calles como

un fantasma que ya no supo distinguir entre la realidad y lo imposible.

Esa noche no dormí. No entendía nada. Yo estuve

ahí. La vi. Hablé con ella. ¿Cómo era posible?

Desde entonces, aprendí que hay fronteras invisibles entre los vivos y los muertos. Y que no siempre se cruzan por error… a veces, se cruzan por necesidad.

Teresa quizá no necesitaba un rescate… sino un testigo.

Y desde aquel día, no volví a subir a un desconocido a mi auto.

Volví a casa con una sensación que no sabía si llamar miedo, duda o asombro. Me repetía una y otra vez que no podía ser, que no tenía sentido. Pero ahí estaban sus palabras, su voz, su llanto, su historia. Yo no creo en fantasmas, y sin embargo… ¿Qué otra explicación hay? Desde entonces no volví a subir a un desconocido a mi auto, no por precaución, sino por respeto. Porque quizás… no todos los que caminan solos en la noche están vivos.

Epílogo del misterio en la península

Bajo la sombra de la ceiba milenaria y al resguardo de cenotes olvidados,

la brujería de Yucatán despierta en un susurro ancestral.

No se atrapa en frascos ni se encierra en libros;

vive en cada canto del viento que recorre las selvas

y en el eco misterioso de un Uay que se transforma en bestia.

Allí, en la tierra donde la luna acaricia templos y pirámides,

el Uay-Pek y el Uay-Miss danzan entre las sombras,

guardianes de un secreto tan antiguo como la piedra sagrada

y tan vibrante como el murmullo de los ríos subterráneos.

Quizá no se trate de un poder que se mida con precisión;

sino de un puente invisible que une el palpitar del corazón

con la esencia inefable de los dioses olvidados.

Es la fe, la herida y el anhelo de lo inexplicable

lo que forja el hechizo en cada palabra de un yerbatero, en cada ritual que al alba se viste de misterio.

¿La brujería existe?

En estos rincones de Yucatán,

donde la noche habla en lengua de secretos,

no se discute ni se niega:

basta observar la mirada de quien ha sentido su embrujo,

la vibración de la tierra que respira leyenda,

y entender que, entre mito y destino,

lo real se oculta en el umbral de lo invisible.

La Herida que Cura y la Palabra que Mata

El poder ambivalente de la brujería: entre el bien y el mal, entre el consuelo y el espanto.

Hay palabras que sanan como bálsamo, y otras que, dichas al filo de la medianoche, se clavan como puñales invisibles.En el corazón de nuestras tierras, la brujería no se viste siempre de sombras: a veces es remedio, otras castigo, a veces consuelo, otras sentencia.
No hay frontera clara entre el bien y el mal cuando

se transita este sendero.
Los yerbateros, los que saben, los que escuchan al monte y conocen la lengua de las hojas, caminan con el alma partida entre dos mundos.

Y en las noches sin luna, cuando el canto del Uay interrumpe el sueño del pueblo, todos recuerdan que aún hay fuerzas que no entienden de ciencia ni religión, pero que respiran, vigilan, y —a veces— responden.
Este capítulo es una puerta entreabierta. Entra solo si estás dispuesto a no regresar igual.

Las manos que sanan, los labios que conjuran

En los pueblos donde el sol cae denso y la tierra huele a cenote, hay quienes caminan entre la gente como uno más… pero no lo son. Son los que "tienen el don". Heredado, aprendido o dictado por un sueño. Los yerbateros, los curanderos, los que conocen el secreto de la ruda, el epazote y la albahaca. Sus manos no solo hacen tés: limpian el alma, espantan males, restauran equilibrios rotos.

Pero entre esos mismos labios que soplan agua florida y rezan oraciones antiguas, también puede habitar la palabra que mata. Una maldición susurrada al oído correcto, un encargo silencioso,

un nombre enterrado bajo tierra roja y piedras negras. En estos pueblos, la misma boca que te bendice, puede maldecirte. Por eso, se les teme y se les respeta.

Uay. Las formas del miedoEn la selva, el miedo tiene forma de bestia. Y nombre.

El Uay-Pek corre con ojos de perro y patas de sombra; el Uay-Miss se desliza con la mirada fría de un gato que ya no es gato. Los abuelos lo sabían: hay noches donde no conviene salir, ni mencionar su nombre. Porque hay hombres —o algo que fue hombre— que pueden volverse animal, bruma, silbido o viento.

Estos seres no son leyendas decorativas: son parte del imaginario vivo del pueblo. Se les ha visto, se les ha sentido. Y aunque nadie pueda probar su existencia con ciencia, su poder se palpa en el silencio temeroso con que se les nombra. El Uay no solo espanta: castiga, vigila, cobra cuentas pendientes.

Hechizos del monte: yerbateros y protectores

La brujería en Yucatán no es solo para dañar. Es también medicina, escudo y refugio. Hay quienes acuden a los yerbateros no por miedo, sino por fe. Porque la medicina moderna a veces no alcanza, y porque el cuerpo y el alma, en estos lares, no se curan por separado.

En las palapas donde cuelgan hierbas secas y se escucha el canto de los pájaros, se prepara más que infusiones: se recupera la dignidad del enfermo, se reconcilia con sus muertos, se limpia de envidias. Todo con rezos, humo y sabiduría antigua. El monte no solo es temido: también es sagrado.

Brujos, pactos y venganzas

No todo es luz. Así como hay quien sana, hay quien cobra por dañar. En lo profundo del monte o en las

orillas de los pueblos, habitan los otros: los que trabajan con entidades oscuras, los que cobran con huevos negros, sapos secos o fotografías enterradas. A ellos se acude cuando se ha perdido todo… o cuando el odio pesa más que la culpa.

Estos brujos no necesitan credenciales. Su reputación corre de boca en boca. Hay quienes juran que han visto cómo rompen matrimonios, secan cosechas, enferman niños. Y otros, que luego de pagar por un “trabajo”, ya no pueden dormir. Porque el mal, una vez invocado, no siempre se deja encerrar.

¿Mito, sugestión o verdad viva?

La brujería camina en el filo: entre la verdad que no se puede probar y la mentira que no se puede negar. Para unos, todo es sugestión, superstición y teatro. Para otros, es herencia, memoria y presencia real.

Pero en Yucatán —como en muchas partes de América Latina— no se discute tanto su existencia como su poder. Porque aunque no todos creen,

casi nadie se arriesga a burlarse. Hay respeto. Hay temor. Hay un saber tácito de que hay cosas que no conviene tocar.

Y así, entre el rezo y el conjuro, entre la flor y la espina,
camina la brujería: como herida que cura y palabra que mata.

Capítulo 6

Entre el rezo y el conjuro

La gata que lloró como mujer

(Relato recogido en los montes de Yucatán)

Josefa llegó sin historia, sin pasado. Apareció un día en el pueblo, como si la hubiera parido la selva. Era mestiza, regordeta, de trenzas largas y rebozo oscuro. De día, atendía partos, preparaba brebajes

y curaba empachos. Su casa era de paja y estaba llena de animales. Pero no era una señora común. Había en ella una vibración distinta, como si hablara con cosas que los demás no veían.

Cuando don Arturo comenzó a enfermar sin razón, las miradas apuntaron hacia ella. Lo vieron rondar su casa. Luego, adelgazar sin causa aparente. La medicina no hallaba nada, pero el pueblo sí: la mirada de Josefa lo estaba succionando.

Los cazadores se organizaron. Una noche, don Teo se escondió en la casa del enfermo. Todo parecía tranquilo hasta que, cerca de la medianoche, una criatura intentó entrar por la ventana. Era un gato negro de tamaño extraño, con ojos brillantes y una inteligencia inquietante. Teo disparó. El animal chilló con un grito que parecía humano. Huyó herido. No se le pudo atrapar.

Teo aseguró haberle dado en la pierna y cerca del vientre.

Dos días después, doña Eduviges fue a buscar a Josefa para un parto. Nadie respondió. La puerta estaba abierta. La encontró en su hamaca, muerta, con heridas en la pierna y el estómago, justo donde el disparo había impactado al animal.

“La Josefa era Uay-Miss… y lo pagó”, se dijo en voz baja.
Y desde entonces, ningún gato negro es bienvenido.

El hombre que corría como perro

Los nahuales en la cultura maya se consideran seres con poderes especiales, capaces de transformarse en animales y comunicarse con espíritus y fuerzas de la naturaleza. Se cree que poseen conocimientos ancestrales y pueden actuar como guías espirituales o protectores.

En algunas tradiciones, se piensa que los nahuales pueden ser benevolentes o peligrosos, dependiendo de sus intenciones y acciones. Su conexión con la naturaleza y los ciclos de la vida los hace figuras respetadas y temidas.

(**Testimonio recogido por los abuelos del pueblo)**

Lo conocían como Miguel. De baja estatura, piel morena como el barro mojado, mirada viva pero huidiza. Siempre parecía estar escuchando algo que los demás no oían. Trabajaba en la milpa, ayudaba a cargar sacos o a cortar caña. Callado, eficiente, y con una risa breve que no siempre coincidía con la alegría.

La gente del pueblo decía cosas. Que los perros ladraban cuando él pasaba. Que su sombra era más larga de lo normal. Que no dejaba huellas en el lodo húmedo. Que los gallos se alborotaban si lo veían de noche. Pero eran rumores, susurros en la esquina del mercado, historias que se evaporaban al ver su rostro sereno.

Y sin embargo, mi abuelo Juan sí lo conoció de cerca. Fueron amigos. Hicieron surcos juntos bajo el sol, compartieron tortillas con sal en la hora del almuerzo, y alguna que otra cerveza al terminar el día. Pero hubo una noche… una sola noche, en la que algo se rompió entre ellos. Y eso, mi abuelo me lo contó muchos años después, como quien comparte una herida que nunca cerró.

Estaban en el campo, recostados sobre el pasto fresco, mirando el vaivén de las ramas contra el cielo de la tarde. Habían comprado dos cervezas calientes en la tienda del pueblo, como un pequeño lujo después de la jornada. Bebían en silencio. A veces no hace falta decir nada para entenderse. Así eran ellos.
De pronto, Miguel se incorporó y dijo:

—Oye, vamos a Mérida.

Mi abuelo se rió.

—¿Y cómo quieres que vayamos, si no hay camión a esta hora?

Entonces Miguel lo miró fijo, con una intensidad nueva en los ojos.

—Júrame que no vas a decir nada si te cuento algo.

Mi abuelo, hombre de palabra y poco dado al chisme, respondió sin pensarlo:

—No me gustan los cuentos. Si no es verdad, ni lo digas.

Miguel bajó la voz.

—Vamos corriendo… si quieres, te enseño cómo convertirte en perro.
Antes de que pudiera responder, Miguel se alejó unos pasos y comenzó a girar en círculos, murmurando cosas incomprensibles, como si balbuceara en otro idioma. De pronto, su cuerpo se torció de manera antinatural, los brazos se le encogieron, las piernas se flexionaron como resortes, y cayó al suelo. Para mi abuelo fue como presenciar un ataque epiléptico. Pero lo que emergió de ese espasmo no era Miguel.

Era un animal. Un perro extraño, demasiado alto para su raza, con ojos que parecían pedir comprensión… o perdón.

Mi abuelo no esperó a ver más. El miedo lo arrancó del suelo como un rayo. Corrió a su casa, cerró

puertas y ventanas, y no volvió a hablarle a Miguel con la misma cercanía.

La amistad, me dijo, se le deshizo como niebla al sol. Ya no era confianza lo que quedaba entre ellos, sino silencio. Un silencio denso, lleno de miradas esquivas y saludos tibios.

Muchos años después, cuando ya era viejo y el recuerdo se le salía de la boca con más facilidad, me lo confesó. A solas, bajo el alero, mientras el monte crujía en la distancia. Me lo dijo sin dramatismo, como quien por fin suelta un peso.

—Yo lo vi, hijo. Con mis propios ojos. Se convirtió en perro ahí, frente a mí.

Y luego calló, como si solo quisiera dejar la verdad flotando entre los árboles.

Capítulo 7

El exorcismo en nuestros tiempos

Efesios 6:12

"Porque no tenemos lucha contra carne y sangre, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo."

Aunque parezca sacado de una película de terror o una leyenda antigua, el exorcismo sigue siendo una práctica viva en muchas culturas y religiones. La Iglesia Católica, por ejemplo, conserva desde hace siglos un ritual formal llamado Rituale Romanum, cuya última revisión oficial fue en 1999, aunque se originó en el siglo XVII. Este rito se emplea únicamente tras una investigación rigurosa, cuando no hay explicación médica o psicológica que justifique el comportamiento de la persona afectada.

En otras ramas del cristianismo, como el protestantismo o las iglesias evangélicas, los exorcismos no siguen un manual fijo, pero son igualmente practicados por pastores y ministros, quienes creen en la existencia de fuerzas espirituales capaces de influir en el comportamiento humano. En los últimos años, se ha documentado un resurgimiento del interés por estas prácticas, especialmente en América Latina, África y algunas regiones de Europa, donde se combinan tradiciones

religiosas con experiencias personales difíciles de explicar por la ciencia.

La mayoría de las instituciones religiosas serias enfatizan que un exorcismo solo se considera como último recurso, después de agotar las vías médicas y psiquiátricas. Sin embargo, también se han reportado casos en que familias desesperadas acuden primero a la iglesia, cuando sienten que la ciencia no tiene respuestas. Este tipo de experiencias, aunque poco comunes, se siguen compartiendo en la actualidad, en susurros, testimonios privados, o relatos que circulan de boca en boca.

Uno de los casos más documentados y escalofriantes relacionados con la ouija es el que inspiró la famosa novela y película El Exorcista: el caso de “Roland Doe” (seudónimo utilizado para proteger la identidad del menor), ocurrido en 1949 en Estados Unidos.

El caso real detrás de El Exorcista

Antecedentes

Roland Doe era un niño de 13 años que vivía en Maryland. Tras la muerte de su tía Harriet —quien era espiritista y le había enseñado a usar la ouija—, el joven comenzó a experimentar fenómenos extraños en su hogar: ruidos en las paredes, objetos que se movían solos, y muebles que vibraban. Su familia, preocupada, pensó que tal vez la tía intentaba comunicarse desde el más allá.

Roland comenzó a usar la ouija con frecuencia, intentando contactar con su tía fallecida. Poco después, los sucesos se intensificaron: aparecían marcas en su piel como arañazos, su cama se sacudía violentamente y hablaba en lenguas desconocidas. Médicos y psicólogos no encontraron explicación a su estado.

El exorcismo

Finalmente, un pastor luterano sugirió que el niño podría estar poseído. La familia acudió a un sacerdote católico, el padre Edward Hughes, quien intentó un exorcismo en el hospital de la Universidad de Georgetown. Durante el ritual, Roland supuestamente se liberó de una de sus manos, rompió una pieza metálica de la cama y atacó al sacerdote, dejándolo herido.

La familia entonces viajó a San Luis, Missouri, donde un equipo de sacerdotes encabezado por el padre William Bowdern realizó más de 30 rituales de exorcismo durante semanas. Testigos, incluidos otros clérigos y médicos, afirmaron haber visto levitaciones, objetos volando, voces guturales y palabras como “infierno” o “mal” apareciendo sobre la piel del niño.

Finalmente, tras un último exorcismo en el hospital de Alexian Brothers, Roland gritó que Satanás había partido, y los fenómenos cesaron.

Fuentes y documentación

El caso fue investigado por el autor Thomas B. Allen, quien publicó el libro Possessed en 1993, basado en diarios reales del padre Raymond Bishop, uno de los sacerdotes presentes.

La Iglesia Católica nunca negó el caso, aunque evitó comentarlo públicamente.

Se han encontrado registros hospitalarios y testimonios que coinciden en muchos aspectos con los reportes de los sacerdotes.

Uno de estos casos ocurrió hace apenas unos años, en una familia común. Una joven estudiante llamada Julia vivió una experiencia que cambió la vida de todos a su alrededor…

Capítulo 8

La sombra de Julia

Desde tiempos antiguos, el ser humano ha creído que el cuerpo puede ser invadido por algo más que enfermedad. Religiones y culturas de todo el mundo comparten un temor común: que entidades invisibles —espíritus, demonios o fuerzas oscuras— puedan cohabitar dentro de nosotros. Aunque muchos lo consideran superstición, en otros

círculos sigue siendo una realidad viva. En pleno

siglo XXI, en barrios comunes, en familias sin mayor pretensión, estos relatos aún se susurran… como el que vivió Julia.

Julia tenía 16 años. Una chica normal, risueña, estudiante de preparatoria. Tenía dos hermanas, y era la del medio: ni la mayor responsable ni la pequeña mimada. Solo Julia. Una chica amable, de buen corazón, de esas que los vecinos saludan con afecto al verla pasar. Su familia era católica de costumbre: iban a misa algunos domingos, oraban en silencio antes de dormir, pero no eran devotos fervorosos.

Fue durante uno de esos domingos cuando algo cambió.

Dentro del templo, mientras el sacerdote hablaba, Julia comenzó a sentirse sofocada. Primero pensó que era el calor, el incienso tal vez. Pero había algo más: una especie de molestia que le nacía dentro. Irritación. Rechazo. Como si ese espacio sagrado ya no le correspondiera. No dijo nada. Se limitó a bajar la mirada y esperar a que terminara la ceremonia.

Días después, su ánimo comenzó a cambiar. Se volvió irritable, sombría. A veces lloraba sin razón; otras veces gritaba por cualquier cosa. La familia pensó que eran cambios hormonales, estrés escolar. Nadie imaginaba lo que estaba por venir.

Una mañana, Julia se desmayó en la escuela. Los paramédicos hablaron de un posible golpe de calor, nada grave. La madre, la señora Irma, se tranquilizó. Pero Julia no. Esa noche, al despertar de una siesta larga y extraña, se sintió fuera de sí. Como si flotara. Como si los objetos tuvieran otra forma, otra vibración. Las paredes parecían respirar. Pensó que era un sueño, pero no lo era.

Los días siguientes fueron desconcertantes. Julia pasaba horas mirando al techo, ausente. A veces decía que sentía “algo” adentro, algo que no sabía nombrar. No lo compartió con su madre ni con el médico. El examen clínico no reveló nada: signos vitales normales, cuerpo sano. Pero su alma, su energía… algo parecía haberse roto.

Hasta que una noche, ocurrió lo inexplicable.

La familia dormía cuando un estruendo despertó a todos. Ruidos de objetos chocando, vidrios

rompiéndose, golpes contra la pared. El padre

corrió al cuarto de Julia y al abrir la puerta, se encontró con una imagen que marcaría su vida: Julia flotaba sobre la cama, al menos medio metro en el aire. Su rostro estaba sereno, como dormida.

Al intentar tocarla, una fuerza invisible lanzó a todos al suelo.

Gritaron su nombre. Le rociaron agua bendita. Intentaron sujetarla de los tobillos, de las muñecas. Nada funcionaba. Era como si algo —alguien— los repeliera con furia. Finalmente, el cuerpo de Julia cayó de golpe sobre el colchón. Despertó confusa, sin memoria de lo ocurrido.

Esa misma semana, la señora Irma acudió a la iglesia católica. Explicó lo sucedido al sacerdote, quien la escuchó con escepticismo. A pesar de haber contactado al obispo, el caso fue desestimado por falta de pruebas claras. “Deben llevarla con un psicólogo,” fue todo lo que dijeron.

Desesperada, Irma buscó ayuda en una iglesia protestante. Ahí, el recibimiento fue distinto. Un

ministro se ofreció a quedarse en casa para observar el comportamiento de Julia. Durante dos días, todo pareció tranquilo. Julia incluso volvió a

sonreír. Pero esa calma era solo el borde del abismo.

La mañana del miércoles, mientras desayunaba, Julia dejó de responder. Su mirada se fijó en un punto lejano, como si su alma hubiese salido del cuerpo. Cuando su madre la tocó, Julia la empujó con una fuerza descomunal que la hizo caer. El ministro se levantó de inmediato, sacó un rosario y comenzó a rezar. Entonces Julia cayó al suelo y comenzó a convulsionar, gritando palabras en un idioma incomprensible, con una voz que no era la suya.

El pastor de la iglesia fue llamado de urgencia. Llegó en quince minutos con una Biblia, aceite consagrado y determinación en los ojos. Se encerraron en la habitación con Julia, mientras el resto de la familia esperaba afuera, abrazados por el miedo. Los rezos se intensificaron. Se escuchaban gritos, golpes, blasfemias. Luego, un silencio espeso… seguido de un alarido

sobrehumano que hizo temblar las paredes.
Al cabo de una hora, el pastor abrió la puerta. Julia estaba tendida sobre la cama, sudorosa, exhausta… pero tranquila. Lo que sea que la habitaba, había salido.

No hubo más ataques después de aquel día. No hubo nombres, ni explicaciones. Nadie supo qué entidad se había apoderado de Julia, ni por qué la había elegido. Solo sabían que lo invisible, lo impensable, había tocado su hogar.

Desde entonces, la familia asiste cada semana a la iglesia protestante. Hablan poco de lo ocurrido. En casa, el tema es tabú. Julia volvió a la escuela, a su rutina, a su mundo. Pero algo cambió en todos. Una sombra invisible habita el silencio de esa familia, un miedo dormido que aún respira.

Reflexión final

¿Fue una posesión real? ¿Un trastorno psíquico manifestado de forma extrema? ¿Una respuesta inconsciente a un dolor no nombrado? Las preguntas siguen flotando. Lo cierto es que aún en nuestra era de ciencia y razón, hay fronteras que no comprendemos. ¿Qué puertas abrimos sin saberlo? ¿Qué nos mira desde el otro lado del velo? ¿Y qué nos dice la fe, cuando la lógica ya no alcanza?

El caso de Julia nos recuerda que hay batallas que se libran en lo invisible… y que no todas las heridas se ven en la piel.

Capítulo 9

Las visitaciones: Cuando el alma toca el umbral del sueño

Introducción

Hay sueños que no son sueños. No se desvanecen con el alba ni se disuelven en la bruma del día. Permanecen con un peso distinto en la memoria, como si hubieran sido vividos en otro plano más tangible que lo onírico. Algunos los llaman “sueños

de visitación”, otros los guardan en silencio por temor a no ser comprendidos. Pero quienes los han experimentado saben que algo, o alguien, los tocó desde el otro lado.

La visitación como comunión

En el corazón del misterio, las visitaciones son encuentros. No alucinaciones, no recuerdos disfrazados de sueño, sino una verdadera comunión espiritual. En muchas culturas y tradiciones —desde los pueblos originarios de América hasta la mística oriental— se sostiene que los muertos no están del todo ausentes. Habitan un espacio intermedio, un umbral desde el cual, a veces, pueden cruzar hacia nosotros cuando el velo del mundo se vuelve delgado.

Estos sueños se presentan casi siempre con una claridad conmovedora. No hay caos, ni símbolos confusos, ni escenarios inverosímiles como en los sueños comunes. Quien ha partido aparece con su rostro tal como era en vida —o incluso más sereno, más luminoso— y nos habla. A veces sin palabras.

A veces con una mirada o un gesto que enciende el pecho. Ese instante es una coincidencia entre planos: el alma del que duerme se alza, y la del que ya partió desciende, y por un momento se encuentran donde el tiempo no existe.

El mensaje o el consuelo

¿Por qué vienen? ¿Por qué regresan?

Las razones pueden ser tan múltiples como las formas del amor. Hay quienes sueñan con un padre que vuelve solo para decir: “Estoy bien”. Otros reciben advertencias, consejos, respuestas. A veces no traen palabras, sino una presencia. A veces, no hay necesidad de más. El alma reconoce y se tranquiliza.

Lo esencial de estas experiencias no está en la literalidad del mensaje, sino en la fuerza emocional con la que se transmite. La certeza íntima de que el amor no muere, de que existe una continuidad invisible, de que el alma conserva memoria, ternura, voluntad. Y en esa presencia, el corazón se aquieta.

Una experiencia vívida

Quien ha tenido un sueño de visitación sabe que no fue “solo un sueño”. La experiencia se distingue por su intensidad. Colores más vivos. Sensaciones más reales. Incluso el despertar es distinto: se hace con lágrimas en los ojos o con una paz honda y callada. Se recuerda la textura de la piel, el sonido exacto de la voz, el perfume, la sensación de un roce que permanece horas después de abrir los ojos.

Es común que quienes pasan por esto digan: “Lo sentí tan real”. Porque lo fue. En un nivel profundo, más allá de lo tangible, fue real.

La despedida de Marina

Recuerdo una historia que me marcó profundamente. La historia de mi abuelo Juan, un hombre de temple firme, como los robles viejos que crujen con dignidad en el viento del tiempo. El suyo fue un cuerpo trabajador, curtido por el campo, resistente como el cuero de la tierra. Pero como todo roble, un día comenzó a declinar. Un incendio

en sus tierras, que intentó apagar sin medir consecuencias, lo dejó con los ojos inflamados. Días más tarde comenzó la oscuridad. El glaucoma avanzó como una sombra silenciosa. Lo intentaron todo: gotas, cirugías, fe. Pero al final, la noche ganó la batalla, y él quedó ciego.

Se adaptó con estoicismo. Aprendió a leer el mundo de otro modo: escuchando pasos, oliendo presencias, tocando los contornos de las cosas como si fueran mapas. Nunca se quejó. Nunca pidió compasión. Sólo pidió que le dijéramos cómo se veía el día, o qué color tenía el cielo al amanecer.

Pero mi abuelo guardaba un secreto. Uno de esos que se arrugan en la memoria con los años. De adolescente, había tenido una hija con una joven del pueblo vecino. No se casaron. Los padres de la muchacha criaron a la niña. Se llamaba Marina. A veces la visitaba, a veces no. Pero ella lo conocía. Sabía quién era su padre. Y aunque su relación fue

limitada y esporádica, había un vínculo, tenue pero real.

Una mañana de sábado, mientras tomábamos el desayuno, mi abuelo comentó algo extraño:

—Anoche vino Marina a despedirse.

Lo dijo con la naturalidad de quien habla de un vecino que vino a saludar. No dramatizó. No añadió nada más. Sólo eso: “Vino a despedirse”.

Horas después, al día siguiente, alguien nos trajo la noticia: Marina había muerto.

¿Fue un sueño? ¿Un presentimiento? ¿O fue que el alma de Marina, antes de cruzar el umbral definitivo, decidió despedirse del hombre que la trajo al mundo?

Es difícil explicarlo. No hay forma de medirlo. Pero sucedió. Y quienes estábamos ahí lo supimos: no era casualidad, era una visitación. Un último puente entre dos almas, padre e hija, que necesitaban cerrarse con un gesto, un adiós, un reconocimiento.

Capítulo final 10

Cuando el alma se despide.

Un testamento de amor desde el umbral.

“No siempre entendemos el orden de las cosas. Hay despedidas que no duelen, sino que curan. Porque cuando el alma sabe que ha dado todo, se marcha en paz, aunque los cuerpos no estén preparados para el adiós.”

Me crié bajo el amoroso cuidado de mis abuelos maternos desde que tengo memoria. Les decía “papás”, porque para mí eso eran: mis pilares, mi refugio. La familia era tan estrecha que mis tíos me trataban como al hermano menor. Tenía apenas ocho años cuando el tiempo empezó a arrebatarme cosas: mis hermanos se graduaron de la universidad y se fueron a perseguir su destino, el nido quedó vacío poco a poco. Al paso de los años, solo quedamos tres: mis abuelos y yo.

Aquel hogar que alguna vez estuvo lleno de risas y aromas de cocina se fue quedando en silencio. Sin embargo, la presencia de mis “papás” lo llenaba todo. Y con esa nostalgia a cuestas, llegamos al año 2020.
Era marzo. Desde Asia comenzaban a llegar noticias de un virus que desafiaba a los sistemas de salud del mundo. Al principio eran solo rumores. Luego, cifras. Después, pérdidas. Pronto supimos que el COVID-19 no era solo un virus, sino una tragedia global que pondría de rodillas a la humanidad.

En México, todo comenzó con una mujer de

mediana edad que regresaba de vacaciones en España. Nadie sospechaba que con ella llegaría el principio de una era oscura. En semanas, los hospitales colapsaron, las mascarillas se volvieron parte de la piel y el aislamiento dejó cicatrices invisibles en millones de almas. Las calles se vaciaron. Las risas se encerraron. Las puertas se cerraron al abrazo.

La Organización Mundial de la Salud estimó que el verdadero número de muertes podría superar los 10 millones. Casi todas las familias en el mundo tienen una silla vacía desde entonces. En la mía, perdimos a tres.
Menciono esto no para invocar tristeza, sino porque es la antesala de la historia más profunda que me marcó.

Como cabeza de familia, era yo quien salía a trabajar. En casa quedaban mis hijas, mi esposa y mi madre, ya anciana, con 94 años a cuestas. A pesar de sus limitaciones, de su demencia senil en fases intermitentes, aún tenía esos destellos de lucidez que la hacían entrañable. Su sentido del humor era tan fresco como en su juventud; su amor por la lectura, inquebrantable.

Recuerdo una tarde en la que, pese a estar en silla de ruedas, la sorprendimos lavando los platos. No le gustaba la idea de dejar de ser útil. Era una mujer de temple, de silencios sabios y de miradas que hablaban por ella.

Pero la fragilidad del cuerpo es traicionera. Una noche, tras escuchar un grito, la encontramos en el suelo. Había caído. La recostamos con delicadeza, pero el dolor era evidente. Al día siguiente, los hematomas eran alarmantes. Acudí con ella a varios hospitales, pero todos estaban saturados. Finalmente, en uno especializado en ortopedia logramos ingresarla. El diagnóstico: fractura de cadera.

Iniciamos el calvario de trámites para la cirugía. Las pruebas se acumulaban, las noches eran eternas, las peores noticias. Trombos en las piernas, riesgo cardíaco. Finalmente, el médico nos dijo la frase más dura: “No podemos operar. No resistiría.”

Nos entrenaron para cuidarla en casa. Nos enseñaron a moverla, a limpiarla, a darle medicamentos. Cada gesto con ella era una caricia al pasado, una forma de honrar todo lo que nos

había dado.

Después de ser dada de alta del hospital, mi madre quedó totalmente postrada en cama. Fue necesario adquirir un colchón especial para evitar llagas por presión. Mi esposa y mis hijas asumieron con entereza la enorme responsabilidad de atenderla. No era tarea sencilla: asearla, alimentarla, cambiar su ropa y las sábanas eran maniobras delicadas que requerían precisión para no causarle más dolor. Y, aun así, lo hacían con ternura y paciencia. Estaban pendientes de los medicamentos a cualquier hora, sin quejas, sin descanso, como solo se hace por amor.

Mi madre, aunque estoica por naturaleza, encontraba también momentos para expresar gratitud.

Una mañana, días antes de su partida, después de desayunar, llamó a sus nietas a su lado. Con la voz débil pero firme, les agradeció profundamente. Les dijo que se sentía amada, protegida, acompañada. Que los cuidados que recibía la hacían sentir plena a pesar de su fragilidad.

Daniela y Mariana no pudieron evitar llorar. Con

sonrisas quebradas y los ojos brillantes, se aferraron a esa escena como quien quiere retener lo que sabe que pronto se irá.

Mis hijas, desde pequeñas, han mostrado una sensibilidad distinta.
Y esa escena me llevó a un recuerdo más antiguo, que sigue vivo en mi memoria.

Era noviembre. Celebrábamos el Día de Muertos. Mariana, que entonces era una niña, nos pidió que fuéramos al Cementerio General de Mérida, el más antiguo y emblemático de la ciudad. Esa noche se realizaba el tradicional Paseo de las Ánimas, y la atmósfera era una mezcla de silencio, incienso y veladoras.

Recorrimos las calles que bordeaban el cementerio, donde los vivos honran a sus muertos con respeto y flores. Mariana, sin vacilar, señaló un mausoleo sencillo, antiguo. Bajó del coche sin miedo y caminó sola hasta la tumba. Allí se sentó en silencio y comenzó a hablar. No rezaba con las palabras aprendidas. Parecía que conversaba. Su expresión era serena, como si hablara con alguien que conocía de toda la vida.

Cuando regresó al auto, le pregunté por qué había ido ahí.
—Porque la niña estaba sola, papá —me dijo—. Y quería platicar con ella.

Años más tarde, la sensibilidad de Daniela también comenzó a manifestarse, aunque de forma distinta: lo suyo era premonitorio.

La primera vez que lo advirtió fue con la muerte de su abuela materna. Unos días antes, sin saber cómo ni por qué, me dijo que algo iba a pasar. Incluso señaló la hora exacta en que fallecería. Al principio creí que era coincidencia. Pero luego ocurrió de nuevo… y fue imposible negarlo.

Esa vez estábamos en el Aeropuerto Internacional de Cancún. Mis hijas estaban por abordar un vuelo rumbo a Los Ángeles y San Francisco, un viaje que habían planeado con mucha ilusión. Yo las acompañé hasta la zona de salas, como todo padre hace cuando el corazón se despide por unos días. Justo antes de que pasaran el filtro de seguridad, Daniela me abrazó fuerte y, con los ojos fijos en los míos, me dijo:
—Papá, necesito decirte algo. Hoy va a morir mi

abuelita Francis.

—¿Estás segura? —le pregunté, incrédulo.

—Sí. Ya no puedo seguir ocultando estas cosas. No quiero saberlas, pero las siento. Solo quería avisarte.

Tragué saliva. Quise restarle importancia, no por falta de fe, sino por temor. A nadie le gusta recibir esas palabras en un aeropuerto. Las abracé, les deseé buen viaje y me quedé en Cancún a pasar el fin de semana.

El 17 de abril, a las 17:00 horas, sonó mi teléfono. Era mi padre. La noticia era clara, dolorosa, y confirmaba lo que Daniela había dicho: mi abuela paterna había fallecido.

Daniela tenía una conexión. Algo en ella captaba lo que los demás no veíamos.

Y volvió a suceder.

Era la noche del 1º de marzo. Estábamos en casa, cuidando a mi madre. Daniela se acercó a su

hermana y le confesó que había sentido que su abuelita Sila moriría al día siguiente, exactamente a las 8:30 de la mañana.

La mañana del 2, al despertarse, fue con miedo hasta la habitación. Para su alivio, mi madre aún estaba despierta. Sonreía. Desayunó con normalidad y, una vez más, pidió que la dejaran descansar un poco.

A las 10 en punto, notaron que algo no estaba bien. Su color había cambiado. Su pulso era leve.

Y entonces… se fue.

Dormida. En calma. Agradecida.

Sabiendo que había amado y que había sido amada.

Ahora volvamos al día en que comenzaron mis malestares. Comencé con fiebre, luego tos, después la falta de aire. Temí lo impensable. Me hice la prueba: positivo. Mi esposa también, aunque ella estaba asintomática. Yo no. Yo me estaba apagando. Conduje como pude hasta un hospital privado.

Pronto me hallaba en una sala COVID. El aire olía a miedo. Veía rostros que, al día siguiente, ya no estaban. Oía nombres que, horas después, eran cifras. A mí me intubaron. Me indujeron al coma. No sabía si regresaría.

Fue entonces cuando ocurrió lo inexplicable. En medio de aquel sopor, la vi. A mi madre. De pie junto a mi cama. Imposible. Ella no podía estar de pie… pero allí estaba.

No habló, pero me habló. Con su mirada, como siempre. Y luego sí:

—Ten calma, hijo… Vas a estar bien. Yo ya me voy. Me voy para que tú puedas vivir.

La vi alejarse. No sentí miedo. Sentí paz. Como si todo en el universo encontrara sentido en ese instante.

Desperté. Dolía respirar. Me dieron de alta el 5 de marzo de 2021. Me enviaron a casa con oxígeno. Las secuelas del virus me acompañarían por semanas, pero yo estaba vivo. Volví a ver a mis hijas, a mi esposa. Me abrazaron con la fuerza de la vida.

Pero algo no estaba bien.

Vi sus rostros tristes. Ya lo sabía.

Mi hija Daniela rompió el silencio con voz temblorosa:

—Papá, tenemos que decirte algo… Es sobre tu abuelita…

Mariana, la mayor, continuó:

—Se durmió, y ya no despertó.

No lloré al saberlo. Ya había llorado con ella. Ya nos habíamos despedido.

—Ya lo sabía —les dije—. Se despidió de mí. Me dijo: “Vas a estar bien, me voy para que tú puedas vivir.”

Mis hijas se abrazaron a mí como si abrazaran su recuerdo. Y comprendí, entonces, lo sagrado que es el amor que no muere.

Mi madre no esperó el fin para partir. Eligió su momento. No cuando su cuerpo se rindió, sino cuando mi alma necesitó vivir.

Ese fue el caso más vívido que tengo de una visitación.

Reflexión final

He escuchado muchos relatos como este, y he vivido algunos en carne propia. Y si algo he aprendido es que las visitaciones no son rarezas. Son manifestaciones delicadas de un amor que no se resigna a morir. A veces vienen a consolar, otras a concluir. Pero siempre vienen cargadas de sentido. No son sueños vacíos. Son encuentros. Son reconciliaciones. Son bálsamos.

Tal vez, después de todo, hay más puentes entre este mundo y el otro de los que imaginamos. Tal vez, mientras dormimos, el alma se suelta, se eleva, y va al encuentro de quienes amamos. Tal vez, en la oscuridad del sueño, la luz de los que partieron sigue tocando suavemente nuestra existencia. Y en ese roce, el corazón —sin saber cómo ni por qué— se alivia.

Epílogo

Porque hay cosas que no se explican… pero suceden

A lo largo de estas páginas, he compartido momentos que no buscan ser comprendidos con la mente, sino sentidos con el alma. Relatos que, aunque propios, podrían pertenecer a cualquiera. Porque todos, en algún momento, hemos sentido una presencia, una advertencia, una despedida que no venía del mundo físico.

No escribí este libro para convencer.Tampoco para impresionar.Lo escribí porque lo viví.Porque estuve ahí.

Ahí, donde la lógica se detiene y la intuición toma el timón.
Ahí, donde la vida se viste de misterio y la muerte de ternura.

Ahí, donde un “no vayas” puede salvarte, y un “ya me voy” puede darte paz.

Muchos me preguntarán si creo en fantasmas, en milagros, en señales. Y mi respuesta, sin rodeos, será: creo en lo que he vivido. En lo que mis ojos

vieron, mi piel sintió y mi corazón guardó.

He conocido la oscuridad de la pérdida, pero también la luz de las despedidas sagradas.

He sentido el miedo de lo inexplicable, pero también la calma de lo que trasciende.

Y he comprendido que el amor —cuando es profundo— no se detiene ante la muerte. Solo cambia de forma.

Si algo deseo que lleves contigo al cerrar este libro, es esto:

Confía en tu sensibilidad.

Escucha tus presentimientos.

Abraza tus recuerdos, incluso los que no sabes explicar.

Y nunca, nunca subestimes el poder de una presencia invisible.

Porque a veces, lo más real…

es precisamente aquello que no se puede ver.

Gracias por leerme.

Gracias por estar aquí.

Yo estuve ahí.

Y ahora, tú también.

— Víctor M Barea Manzanilla

Fuentes y notas de apoyo

Aunque la mayoría de los relatos en este libro se basan en vivencias personales y testimonios cercanos, en algunos casos se incluyeron referencias generales y culturales para aportar contexto o ampliar la comprensión de ciertos temas espirituales y paranormales. A continuación, se mencionan las fuentes consultadas o mencionadas indirectamente:

Organización Mundial de la Salud (OMS). Informes sobre el impacto global del COVID-19.

Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI), México.

Cultura mexicana sobre el Día de Muertos: tradición oral y celebraciones locales en Yucatán.

Relatos tradicionales de ánimas, visiones y advertencias familiares comunes en comunidades del sureste mexicano.

Testimonios personales y confidencias cercanas, recogidas con respeto y autorización.

Experiencias clínicas sobre estados alterados de conciencia y percepciones durante el coma.

Referencias cinematográficas como Infinity War (Marvel, 2018), utilizadas como analogía popular para ilustrar el impacto emocional de la pandemia.

Nota del autor:

Las experiencias aquí relatadas no pretenden establecer una verdad absoluta ni ciencia demostrable, sino compartir eventos vividos desde la sinceridad emocional, la memoria íntima y la percepción espiritual del autor.

Biografía del Autor.

Víctor M. Barea Manzanilla

Originario de Mérida, Yucatán, desde joven mostró sensibilidad hacia lo espiritual y lo inexplicable. Su voz, afinada en los escenarios, se ha convertido también en herramienta narrativa para contar con honestidad profunda los encuentros con lo invisible.

En este libro, su primera obra testimonial, comparte vivencias que rozan lo sobrenatural, lo místico y lo íntimamente humano. No intenta convencer, sino dejar constancia. Cree firmemente que hay experiencias que deben contarse… porque si no se cuentan, se pierden.

Cuando no escribe, canta.

Cuando no canta, observa el mundo con ojos de quien sabe que a veces lo más importante está justo en lo que no se ve.